

firmar los nuevos ritos, y prohibir á los peticionarios reunirse bajo pena de traicion. El consejo de Escocia habia recibido orden de no revelar la sancion real hasta su publicacion; pero, no bien hubo llegado, cuando supieron ya los rebeldes su contenido, y convocaron al momento al pueblo á favor de sus representantes. Para prevenirlos, mandó el consejo publicar sin retardo el decreto. En el acto y al pasar los heraldos regios, dos pares del reino, lord Hume y lord Lindsay, hicieron publicar y pusieron de manifesto en las calles una representacion que acababan de firmar en nombre de sus conciudadanos. Otros practicaron lo mismo en todas partes donde se publicó el decreto real. Los rebeldes cada dia mas unidos, amenazados y ardientes, resolvieron en fin coligarse por un pacto solemne, semejante á los que desde el origen de la reforma habia adoptado muchas veces Escocia, para declarar y sostener altamente sus derechos, sus creencias y sus votos. Alejandro Henderson, eclesiástico muy influyente, y Archibaldo Johnston, despues lord Wariston, abogado célebre, redactaron este pacto con el nombre popular de convenio, que fue recibido y aprobado por los lores Balmerino, Lowden y Rothes en 1.º marzo de 1638. Despues de una minuciosa y antigua profesion de fé, contenia aquel documento una abjuracion formal de los nuevos cánones y ritos, y un juramento de union nacional para defender contra todo riesgo su soberano, su religion, sus leyes y las libertades del país. No bien se propuso, cuando fue recibido con unánimes aclamaciones. Varios mensajeros que se relevaban de poblacion en poblacion, lo llevaron con rapidez inaudita hasta los mas remotos confines del reino, al modo que la *cruz de fuego* era trasportada al través de la sierra como un llamamiento de guerra para los súbditos feudales (1). El clero, los gentil-hombres, los ciudadanos y labriegos, las mujeres y los niños se reunian en las plazas y en los templos para jurar fidelidad al pacto. Los montañeses mismos, poseidos del entusiasmo nacional, olvidaron momentáneamente su ardiente lealtad y sus feroces enconos. En menos de seis semanas la Escocia entera estuvo confederada. Solo los empleados del gobierno, la

(1) Cuando un jefe queria convocar su tribu, hacia una cruz de maderas resinosas, encendia sus cuatro puntas y las apagaba con la sangre de una oca. Esta cruz se llamaba de fuego ó de ignominia, porque era notado de infamia el que rehusaba obedecer á esta señal. Al verla, todos los habitantes de diez y seis á sesenta años estaban obligados á tomar las armas, so pena de que fuesen taladas é incendiadas sus posesiones. En la guerra civil de 1745 circuló frecuentemente por Escocia esta cruz.

ciudad de Aberdeen, y algunos miles de católicos rehusaron suscribir al convenio.

Tanta audacia pasmó á Carlos: se le habia hablado de asonadas insensatas de un vil populacho; el mismo consejo municipal de Edimburgo se habia apresurado á solicitar sumisamente su clemencia, prometiendo el pronto castigo de los sublevados y hasta sus mismos cortesanos escoceses solo hablaban de sus correspondencias, segun las cuales todo estaba tranquilo ó próximo á calmarse. Indignado de la impotencia de su voluntad, resolvió recurrir á la fuerza; pero, como nada estuviese dispuesto, fue preciso ganar tiempo. El marques de Hamilton fue enviado á Escocia con orden de hacer columbrar á los rebeldes alguna esperanza, pero sin comprometer al rey. Veinte mil sublevados, reunidos en Edimburgo para un solemne ayuno, se presentaron al enviado, mientras setecientos eclesiásticos en hábito de ceremonia estaban de pié sobre una eminencia, junto al camino real, cantando un salmo al tiempo que pasaba. El bando rebelde queria dar á Hamilton una alta idea de su fuerza, y este, ya para grangearse crédito, ya para obedecer las órdenes del soberano, estaba inclinado á contemporizar. Mas sus concesiones no llenaron los deseos de los sublevados y se burlaron altamente de un pacto regio que el marques trató de oponer al pacto popular. Despues de inútiles embajadas y muchos viajes de Edimburgo á Lóndres, recibió de improviso en setiembre 1638 la orden del rey para acceder á las demandas de los sublevados, á la abolicion de los cánones, ritos y del tribunal de alta comision, y á la promesa de una asamblea eclesiástica y de un parlamento en cuyo seno se discutirian libremente las cuestiones controvertidas, y podrian ser acusados los mismos obispos. Alegráronse los escoceses, pero con interior sorpresa, tanto mas recelosa, cuantos menos motivos se les dejaban para que pudiesen aferrarse todavía en su confederacion. El sínodo general se reunió en Glasgow: no tardó mucho en conocer que Hamilton solo trataba de oponerle obstáculos, introduciendo en sus actos apariencias de nulidad.

Tales eran en efecto las instrucciones del rey. Continuaba sin embargo la asamblea disponiéndose á encausar á los obispos. A poco la disolvió Hamilton. Súpose al propio tiempo que Carlos se preparaba á la guerra, y que iba á desembarcar en Escocia un cuerpo de ejército que Strafford habia levantado en Irlanda. Volvió Hamilton á Lóndres; pero el sínodo se negó á separarse, continuó sus discusiones, condenó todas las innovaciones reales, mantuvo el pacto y abolió el episcopado. Muchos

magnates hasta entonces inactivos, entre otros el conde de Argile, poderoso y muy prudente, abrazaron públicamente la causa del país; algunos comerciantes escoceses pasaron el mar en busca de armas y municiones: se envió copia del pacto á las tropas escocesas que servían en el continente y se invitó á tomar el mando de los rebeldes á Alejandro Lesly, uno de sus mejores jefes. Dirigióse por último en nombre del pueblo escocés una declaración á los ingleses dándoles á conocer las justas causas de las quejas de unos cristianos hermanos suyos, y rechazando las calumnias de sus emenigos.

La corte se sonrió al leerla, hablando con sarcasmo de la insolencia de los sublevados: solo se quejaba de tener que combatirlos, porque ¿qué gloria, decían, nos puede resultar de una guerra contra un pueblo pobre, grosero y oscuro? Si bien que fuese escocés el mismo Carlos, se lisonjeaba de que el odio inveterado de los ingleses á los escoceses haría inútiles las quejas de estos últimos. Pero las creencias que unen á los pueblos borran bien pronto los límites que los separan: así fue que los primeros vieron identificada su causa con la de los últimos, y se establecieron rápidamente correspondencias secretas entre los dos pueblos. Esparciéronse por do quiera los manifiestos de los rebeldes y sus peticiones y sus esperanzas fueron objeto de las conversaciones populares; en poco tiempo se ganaron amigos y agentes en Londres, en todos los condados, en el ejército, y aun en la corte misma. Así que se supo su firme resolución de resistir, y lo favorable que les era la opinión pública en Inglaterra, no faltaron cortesanos escoceses y aun ingleses, que por odio á algun rival, para vengarse de alguna negativa, ó bien para prepararse á todo evento, se apresuraron á prestarles secretos favores ya dándoles avisos, ya exagerando su número, poniendo á las nubes su disciplina, y por último dando á entender que con ser complaciente en algo se libraría el rey de conflictos y peligros.

El ejército que se adelantaba hácia Escocia solo oía hablar de rumores que tendían á detener su marcha: se aconsejaba á su general, conde de Essex, que anduviese cauto y esperase refuerzos, diciéndole que eran muy superiores los enemigos: que se les había visto en tal punto, cerca de la frontera; que ocupaban todas las plazas y que estarían en Berwick antes que él. Fiel el general, aunque poco partidario de la corte, continuó su marcha, entró en Berwick sin obstáculo, y pronto vió por sus ojos que los rebeldes no eran tan numerosos ni disciplinados. Mas el efecto de los rumores era inmenso, y subió de punto la agitación cuando el rey hu-

bo llegado á York en abril de 1639. Pasó allá con extraordinaria pompa, infatuado con el irresistible ascendiente de la magestad real, creyendo que bastaría desarrollarla para hacer entrar á los rebeldes en su deber.

Al parecer para oponer otro llamamiento al que habían hecho á los ingleses los escoceses, hizo uno intimidando á la nobleza de su reino; según costumbre feudal, que pasase á prestarle el servicio que le debía. Los lores y un sin número de gentil-hombres acudieron á York como á una fiesta. La ciudad y su campiña ofrecían el aspecto de una corte y de un torneo, antes que el de un ejército dispuesto á la lucha. Envaneciase Carlos con tal aparato, y sin embargo, solo reinaba alrededor suyo la intriga, el desorden y la indisciplina. Los escoceses de la frontera tenían relaciones familiares con sus soldados; quiso el rey exigir de sus magnates el juramento de no tener relación ninguna con los rebeldes; se negaron á ello lord Brook y lord Say, y Carlos solo se atrevió á prescribirles que se alejasen. Lord Holland entró en territorio escocés; pero al ver el cuerpo de tropas que Lesly había dispuesto con arte, y que juzgó equivocadamente el conde ser superior al suyo, se retiró precipitadamente. Generales y soldados, todos vacilaban en arrojarse á una guerra antinacional. Bien informados los escoceses se prevalieron de esta coyuntura. Escribieron á los generales del ejército, lord Essex, lord Arundel y lord Holland, modesta y lisongeramente, confiando en los humanos sentimientos de los lores y del pueblo inglés, y rogándoles que interviniesen para que el rey les hiciese justicia y les volviese á su gracia.

A poco, seguros del apoyo, se dirigieron respetuosamente al rey, aunque sin abandonar sus pretensiones. Este andaba vacilante, y estaba tan dispuesto á cansarse de los obstáculos como ciego había sido en preverlos. Abrióse conferencias; el rey se mostró altivo, pero deseoso de poner fin á todo; los escoceses aferrados, pero con moderación. Se dió por satisfecho el orgullo del primero con el acatamiento de los segundos, y el 18 de junio de 1639, por consejo, según se dice, del mismo Laud, aterrado á vista del riesgo, se concluyó en Berwick una pacificación en que se prescribía la disolución de ambos ejércitos y la próxima convocación de un sínodo y de un parlamento escocés; pero no se firmó ningún tratado en que clara y concisamente hubiesen quedado cortadas las diferencias que suscitaban la guerra.

Solo estaba, pues, paralizada; y lo presentían así los dos bandos. Los escoceses, al licenciar sus tropas, conservaron una parte de sueldo á

los oficiales, ordenándoles que estuviesen dispuestos para un caso cualquiera. Carlos por su parte, no bien hubo licenciado su ejército, cuando se ocupó por bajo mano á levantar otro.

Un mes despues de la pacificacion llamó á Strafford á Lóndres para consultarle, decia, acerca de algunos planes militares, y añadió: «Me asisten muchas razones para desear teneros por algun tiempo cerca de mí: no puedo espresarlas en una carta: el pacto escocés tiene muchas ramificaciones, muchísimas.» Voló allá Strafford, y con placer, porque desde mucho tiempo anhelaba estar junto á su soberano, que es donde se prometia poder y gloria. Llegó resuelto á desarrollar toda su energía contra los enemigos de la corona, hablando con desprecio de los escoceses, asegurando que solo por falta de nervio se habia perdido todo, y prometiéndose sin embargo de la firmeza del monarca un apoyo perenne. Encontró la córte agitada de oscuras intrigas; el conde de Essex, tratado con frialdad á pesar de su buena conducta en la campaña, se habia retirado descontento; los oficiales se acusaban mutuamente de inhabilidad y afeminacion; los favoritos de la reina se apresuraban á aprovecharse de la confusion para activar sus planes y perder á sus rivales; el rey estaba triste y abatido: de modo que pronto se vió Strafford impo-sibilitado de hacer adoptar lo que creia necesario, y de hacer cumplir lo adoptado. Entonces se volvieron contra él las intrigas cortesanas, y no pudo impedir que sir Enrique Vane, uno de sus enemigos, fuese nombrado á instigacion de la reina secretario de Estado.

El público que lo habia visto llegar, ansioso é incierto del uso que haria de su influjo, tardó poco en saber que provocaba las medidas mas rigurosas, y empezó á maldecirle. Entre tanto, la necesidad se hacia cada vez mas urgente. Habíanse suscitado dudas entre el rey y los escoceses acerca del tratado de Berwick, del que nada se habia escrito, y Carlos hizo quemar por mano del verdugo un papel que en sentir de aquellos contenia sus verdaderas disposiciones, mas no se atrevió á desmentirlo publicando otro, porque en el curso de las negociaciones habia hecho esperar lo que no intentaba cumplir. El sínodo y el parlamento de Escocia, irritados por esta falta de fé, y animados por sus amigos de Inglaterra á redoblar sus precauciones, lejos de ceder en nada, dirigian nuevas y mas osadas demandas. El parlamento pedia que el rey debiese convocarlo cada tres años; que se asegurase la independenciam de las elecciones y de los debates, y que la libertad política, bien garantida, velase por el mantenimiento de la fé. Resonaron mas que nunca en la

córte y en el consejo las palabras de *atentado á la prerogativa*, y de *soberanía invadida*, etc. «Será fuerza, dijo Strafford, hacer entrar á esta gente á latigazos por el buen camino.» Se resolvió hacer la guerra: ¿mas como sostenerla? ¿qué nuevos motivos se alegarian ante la nacion? El tesoro estaba exhausto, lo mismo que las arcas reales, y la opinion era ya sobrado poderosa sino para ser oida, al menos para no dejar de dirigirse á ella. Presentóse el pretesto que se deseaba: desde el origen de las turbulencias, el cardenal de Richelieu, descontento de la córte de Inglaterra donde dominaba la influencia española, se puso en relacion con los escoceses: les envió un agente, oro y armas, y les prometió mayores socorros en caso de necesidad.

Fue interceptada una carta de los principales rebeldes, con el sobrecrito de *al Rey*, y por la que evidentemente se solicitaba el apoyo del monarca frances. Carlos y su consejo no dudaron que tal peticion á un príncipe extranjero, alta traicion segun la ley, dejase de indignar á toda Inglaterra, y bastaria á su parecer para convencer á todos de la legitimidad de la guerra. En esta confianza, que servia de velo á la necesidad, se decidió la convocacion de un parlamento: interin se reunia pasó Strafford á Irlanda para obtener asimismo de las cámaras de aquel reino subsidios y soldados.

Admiróse toda Inglaterra al saber la nueva convocacion, porque ya no se esperaba una reforma legal, única sin embargo que era anhelada, puesto que á pesar del descontento no se meditaban violencias. Solo los sectarios, la plebe en ciertos puntos, y algunos hombres comprometidos como jefes de partidos, alimentaban pasiones sombrías ó ideas mas fuertes. El público los habia aprobado y sostenido, pero sin asociarse á ellos ni dárselo á entender. Los contra tiempos sufridos habian hecho dudar á muchos en punto á la legitimidad ó conveniencia de la última obstinacion parlamentaria. Se recordaban con pesar su áspero lenguaje y sus sesiones agitadas; se esperaba en suma mas prudencia. Con tales antecedentes se eligió una cámara baja contraria á la córte, decidida á hacer peticiones y formada en parte de los antiguos jefes de la oposicion, pero en la que dominaban los ciudadanos pacíficos, sin espíritu de partido, desconfiados en punto á arranques y confabulaciones secretas, y deseosos de reformar abusos sin enemistarse con el rey, y sin comprometer la tranquilidad pública.

Despues de algun retardo que exasperó los ánimos, se reunió el parlamento en 15 de abril de 1640. Carlos hizo leer la carta de los escocese-

ses al rey de Francia, se extendió sobre su traición, anunció la guerra y pidió subsidios. Los representantes hicieron poco caso de la carta, mirándola como un incidente nada importante en vista de los grandes intereses que debía ventilar, lo que ofendió al rey, por la frialdad con que eran recibidas las injurias que se le hacían. Por su parte se quejaba la cámara de la falta de respeto y de etiqueta el día en que su presidente se presentó al rey. La corte, después de once años transcurridos sin parlamento, no se avenía á ello; y la cámara, á pesar de sus intenciones pacíficas, se había revestido en Westminster de todo el orgullo de un poder tanto tiempo desconocido, y solo acatado por la necesidad. Pronto se animaron los debates. El rey quería que la cámara votase los subsidios antes de meterse en derechos, prometiendo oír después con benevolencia sus peticiones.

Hubo largas discusiones, mas no violentas, si bien que las sesiones se animaban y prolongaban mas de lo acostumbrado. Algunas palabras amargas de miembros poco conocidos fueron reprimidas al momento, y se aplaudieron los discursos de varios adictos á la corona y apreciados del público. Con todo esto la cámara se aferró en tratar antes de los derechos que de los subsidios. En vano se dijo que la guerra instaba; lo que menos les importaba era la guerra; sin embargo lo disimulaban por respeto al rey. Carlos acudió á la intervencion de la Cámara de los Pares, los cuales votaron que á su parecer debían ser antes los subsidios, y pidieron una conferencia con los representantes del pueblo para invitarlos á ello. Aceptáronla estos, pero votaron á su vez volviendo á su cámara, que la deliberacion de los pares atentaba á sus privilegios, puesto que no les incumbía ocuparse de los subsidios antes que ellos los hubiesen arreglado. Los exaltados Pym, Hampden, Saint-John, se prevalieron de esta coyuntura para exitar la cámara, cuyas intenciones eran mas moderadas de lo que convenia á sus principios y á su situacion, no obstante que ya se agitaba impaciente conteniéndose, pero decidida á sostener sus derechos. Trascurre el tiempo, y el rey empezaba á decir que este parlamento seria tan intratable como los anteriores. Irritado ya, envió á él un mensaje, diciendo que si se le concedían doce subsidios pagaderos en tres años, se obligaba á no percibir en adelante el de los buques mas que á discrecion del parlamento. La suma pareció enorme; equivale, decían, á pedir todo el dinero del reino.

No bastaba tampoco que el rey renunciase al subsidio de los buques; era preciso que se declarase su ilegitimidad pasada y futura. Sin embar-

go, la cámara no quería romper con el monarca; se demostró que el valor de los doce subsidios distaba mucho de ser el que se había supuesto; y á pesar de su repugnancia en suspender el exámen de derechos, tomó en consideracion la propuesta para dar una prueba de su lealtad. Iba ya á decidirse que se concederian los subsidios sin fijar su cantidad, cuando se levantó el secretario de Estado, sir Enrique Vane, y dijo que á menos de admitirse sin enmienda la propuesta, era escusado deliberar, porque el rey solo aceptaria lo pedido. Herbert, procurador general, confirmó la asercion de Vane. Apoderóse de la cámara la sorpresa y la cólera, y se consternaron los mas moderados. Era tarde, y se dejó la discusion para el día siguiente. Pero cuando acababan de reunirse los diputados, el rey los llamó á la cámara alta; el parlamento fue disuelto el 5 de mayo de 1640, á las tres semanas de su convocacion.

Una hora después de la disolucion, Eduardo Hyde, después lord Clarendon, encontró á Saint-John, amigo de Hampden y uno de los jefes de la oposicion ya formada: el primero estaba triste; Saint-John por el contrario, á pesar de su habitual tristeza, parecia regocijado. «¿Qué tenéis? dijo á Hyde.—Lo que todos los hombres de bien, respondió este: siento la disolucion imprudente de un parlamento tan sabio, único que nos hubiera salvado en la tormenta.—Cierto, repuso John; pero antes que las cosas marchen como deben, es preciso que sufran aun mayores inconvenientes: este parlamento no hubiera hecho nunca lo que debe hacerse.»

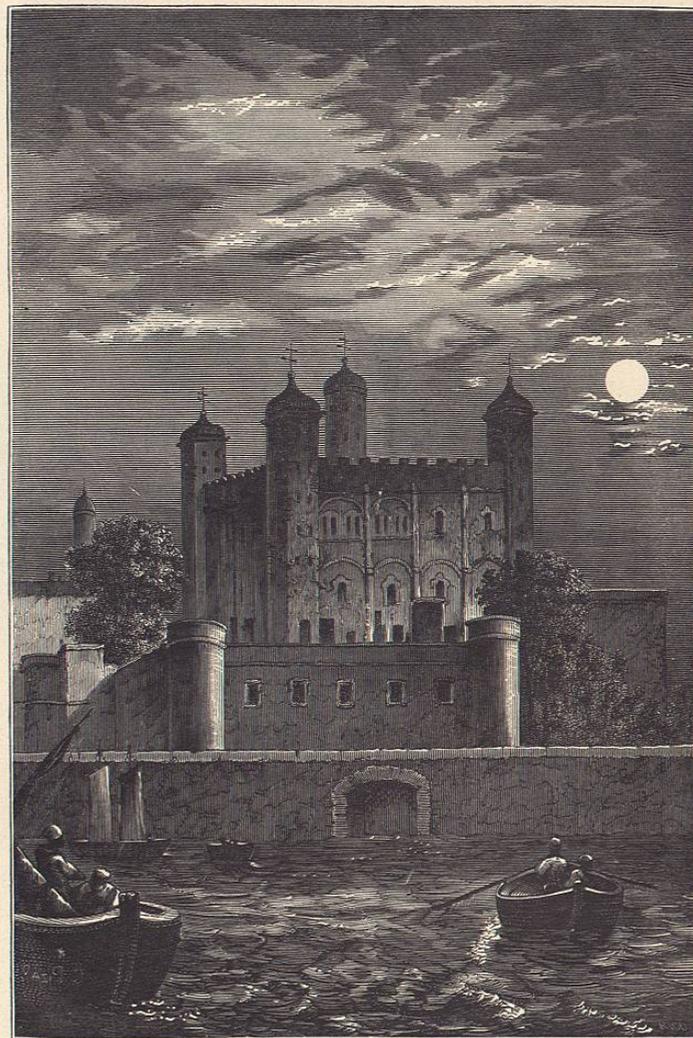
Aquella misma tarde se arrepintió Carlos; dijo que le habían engañado respecto á las disposiciones de la cámara, y que Vane no estaba autorizado para declarar que á menos de doce subsidios no aceptaria nada. Inquietóse al día siguiente, mandó llamar á algunos sabios, y preguntó si podia ser revocada la disolucion del parlamento. Se juzgó imposible, y Carlos volvió al despotismo, algo mas turbado, pero orgulloso como siempre.

La urgente necesidad pareció por un momento dar seguridad á sus ministros, y vigor á sus medidas. Strafford habia vuelto de Irlanda, atacado de la gota, amenazado de la pleuresía é imposibilitado de moverse. Pero habia obtenido del parlamento irlandés cuanto habia pedido en subsidios, soldados, ofertas y promesas; así que pudo dejar la cama volvió á insistir con vigor en sus designios. En menos de tres semanas logró donativos voluntarios á que dió ejemplo, y subieron á 300,000 libras esterlinas, debidas en gran parte á los papistas. Esta suma unida á los

monopolios, injusticias, empréstitos forzados, subsidios de buques y fabricacion de monedas, facilitó algunos fondos.

A los ojos del rey y de sus adictos, la necesidad lo escusaba todo; pero nunca la tiranía se contiene en los límites de la necesidad. Carlos fue también cruel con los miembros del último parlamento; Bellasis y Hotham fueron encarcelados por sus discursos; se registró la casa y los papeles de lord Brook; Crew fue encarcelado en la torre por no haber querido entregar las peticiones que había recibido durante la sesión, como presidente de la junta encargada de examinarlas. Se exigió de los eclesiásticos el juramento de no consentir jamás en ninguna alteración del gobierno de la iglesia, terminándose el juramento con un *et cetera* que hacía asomar la sonrisa de la indignación. Jamás había sido el lenguaje más arrogante ni más duro; algunos gentil-hombres del condado de York se habían negado á una requisición arbitraria; el consejo quiso perseguirlos: «La única persecución, dijo Strafford, es ponerles argollas.» Conocía más que ningún otro la extensión del mal, pero en su carácter el ardor era superior á la prudencia, y podía decirse que todo su afán era inspirar al rey, al consejo y á la corte aquella fiebre que ciega al hombre para despreciarlo todo. Recayó en su enfermedad, llegando á las puertas del sepulcro, pero su impotencia dió más delirio á sus consejos, y apenas pudo sostenerse cuando partió con el rey para el ejército ya reunido en la frontera de Escocia, y á cuyo frente debía ponerse.

Supo en su marcha que los escoceses habían tomado la ofensiva, y que llegando á York habían batido á Newburne (21 agosto 1640) casi sin resistencia, primer cuerpo inglés que habían encontrado. Esto no era obra de los escoceses solos. Durante la pacificación, sus comisionados en Londres habían contraído una estrecha alianza con los descontentos, y estos les habían aconsejado que en caso de guerra invadieran la Inglaterra, prometiéndoles apoyo y un partido numeroso. Además enviaron á Escocia un mensajero, el cual dentro de una caña llevaba una obligación, á cuyo pie para inspirar más confianza á los rebeldes, lord Saville había falsificado la firma de seis magnates ingleses. Solo un vehemente odio á Strafford había impelido á Saville; pero es probable que otros patriotas influyentes y sinceros tuviesen también parte en tan audaz intriga. No se engañaban ciertamente en lo relativo á la disposición del pueblo. No bien se hubo disuelto el parlamento cuando se miró con aversión la guerra. En Londres los pasquines escitaban á los jornaleros á un levantamiento y á hacer pedazos á Laud, autor de tantos males. Una turba



LA TORRE DE LONDRES.